

Capítulo 1

¿Dónde se ha metido el conejo? Pensó girando en redondo sobre sí mismo. No puede haber ido muy lejos. Hace un momento vi por aquí su estela. Aquella roca se ha movido, se habrá escondido detrás ¡O se habrá metido dentro!

El muchacho con cara de niño corrió de forma imprecisa hacia la roca sin dejar de señalarla. El suelo irregular, surcado de charcos y agujeros, hacía aún más torpe su avance. Cada vez que el agua mojaba sus roídos zapatos daba un pisotón para salpicar la tierra de alrededor y sonreía.

Llegó hasta ella y la acarició con la palma de la mano notando su áspero tacto. Dio una vuelta rodeándola admirando sus formas y la curiosa oquedad que mostraba en uno de sus laterales.

— ¿Conejito? -preguntó alargando las vocales hasta tal punto que se comían a las consonantes-. ¿Estás ahí conejito?

Metió la cabeza dentro del agujero de la roca buscando alguna salida que no existía. La sacó extrañado y miró hacia todos lados. Se levantó y sintió un repentino dolor en la rodilla.

— Aisssss –siseó frotándose la rótula.

Echó a andar mirando al horizonte y buscando nuevos escondites. Entonces la vio de nuevo. La colorida estela del conejo serpenteaba entre los charcos alejándose de allí hacia una pequeña loma. Con la alegría iluminando su infantil rostro, corrió siguiéndola y olvidándose del dolor que hace un momento le había hecho encogerse.

Subió a lo alto de la loma con cierta dificultad y echó una ojeada alrededor. Desde aquel lugar se alcanzaba a ver una amplia extensión de terreno hacia un lado, y una serie de pequeñas montañas hacia el otro. Ni rastro del conejo ni de su estela de colores por ningún lado. Se sentó, alicaído y se frotó de nuevo la rótula.

Pasó cerca de treinta segundos en aquella posición hasta que decidió que era suficiente. Entonces se tumbó y se echó a rodar colina abajo riéndose sin control. Tambaleándose subió de nuevo hasta la mitad de la colina, y desde allí se volvió a tirar dando vueltas.

Mareado, se sentó sobre un charco y esperó a que el mundo que le rodeaba dejara de girar. Se había hecho daño en la muñeca al dejarse caer, pero no le importó. Miró hacia el barro, cogió un puñado con la mano y lo estrujó entre sus dedos. Aburrido, mojado, dolorido y cansado, se tumbó de nuevo y se detuvo a escuchar. Solo el silencio le rodeaba.

¿Dónde se habrá metido ese conejo? Se preguntó mirando hacia las nubes.

Su estómago emitió un tenue sonido y le recordó una vez más su acuciante necesidad. Se incorporó y bajó la cabeza.

— Mamá, tengo hambre –le dijo al charco sobre el que se encontraba.

Se levantó, y al hacerlo su rodilla derecha emitió un profundo chasquido que le hizo desequilibrarse. De nuevo en el suelo, lloró por el dolor.

Al cabo de un rato, se frotó las lágrimas de la cara e intentó ponerse de nuevo de pie. Su rodilla volvió a responder, pero no con la estabilidad que debía. Probó a caminar y

pudo hacerlo de modo que avanzó con torpeza oteando los alrededores en busca de la estela de colores del conejo.

Caminó durante casi una hora, arrastrando los pies sobre el barro y llamando cada tanto al conejo en aquel vacío que le rodeaba.

Se estaba aburriendo de buscarlo cuando lo vio. No su estela. El propio conejo. Peludo, sedoso y de alguna manera, limpio de arriba abajo. Se encontraba olisqueando un charco hasta que notó su presencia, entonces se irguió, y lo miró a los ojos.

— ¡Conejito! –gritó el muchacho.

Echó a correr hacia él con la alegría reflejada en su rostro, ajeno al dolor que se había agudizado tanto en su rodilla como en la muñeca. El animal lo esperó, tranquilo. Él continuó su carrera hasta que un pequeño montículo le hizo tropezar y caer de bruces sobre otro charco. El agua embarrada salpicó su cara. Cerró los ojos, se los frotó y cuando los abrió un escalofrío le subió por la espalda.

Había apoyado la mano derecha en el suelo frente a él para frenar la caída, y en la muñeca, sobre la zona que le dolía pudo ver un agujero en su piel. Pero no se trataba de una herida. No sangraba. Simplemente, su piel terminaba en ese punto, formando un agujero del tamaño de una uña. Y bajo ese agujero, nada. Solo una oquedad que parecía alcanzar el otro extremo de la muñeca. Giró su mano y vio una arruga sobre su piel, entre las venas marcadas. La acarició con un dedo, la alisó con cuidado y pudo ver la luz entrar en su muñeca al otro lado.

Se asustó. Se arrastró por el suelo reculando al tiempo que se miraba la muñeca. Y en esa posición pudo ver su rodilla. Hueca.

Se levantó sin importarle el dolor que era cada vez más intenso y real, y corrió intentando alejarse de sí mismo, y de lo que acababa de ver. Sin dejar de correr miró hacia abajo, viendo su pierna doblarse y extenderse con el movimiento de la carrera, al tiempo que abría y cerraba el agujero vacío que allí había surgido.

No vio la piedra del tamaño de un puño que había en su camino. Tropezó, cayó y perdió el sentido.

Capítulo 2

Xob salió de la sala de audiencias dando un portazo y haciendo retumbar aquella gruesa madera de roble. Ya daban igual los modales. Todo el trabajo de los últimos seis años no valía para nada.

— Ya solo quedáis trece –dijo intentando sonar indiferente sin conseguirlo.

Todos lo miraron, algunos de sus ya excompañeros cuchichearon. Solo una de ellos se acercó y apoyó una mano en su hombro.

— Lo siento, Xob. Son idiotas. No saben lo que hacen.

Él levantó la mirada y la cruzó con la de ella. Irimia había sido la primera en entrar y había resuelto su audiencia sin demasiados problemas. Sintió un injusto reproche hacia ella, pero logró ocultarlo.

— Bueno. Mejor ahora que dentro de seis meses –respondió sin mucho ánimo.

Se alejó y caminó hacia la salida consciente de que todos los ojos de la sala lo observaban, tal y como él había hecho con tantos otros. Resultaba extraño haber estado al otro lado de aquellas miradas más de un centenar de veces y sentir tan ajena aquella sensación de rechazo.

El primer año habían entrado más de ciento treinta aspirantes. Jóvenes de diez años que aspiraban a formar parte de la biblioteca y vivir permanentemente entre las moquetas, las lámparas, los tapices y las puertas de roble. Al final de ese mismo año, quedaban menos de la mitad. El segundo año se cobró las esperanzas de otros veinte aspirantes. Durante el tercero y el cuarto, siete. En el quinto y en el sexto año, seis. Y en aquel séptimo y último año, Xob sería el primero de muchos.

Caminando entre las adornadas paredes de la zona exterior de la biblioteca, se empezó a dar cuenta de que no volvería a recorrer aquellos pasillos. Se arrimó a uno de los lados y sin detenerse acarició la pared sintiendo su suavidad. Levantó la mirada, admirando con más sensibilidad que nunca la calidez de las luces de las lámparas. Sus ojos se humedecieron al despedirse de aquel entorno pulcro y cálido.

Atravesó varias estancias hasta llegar a un enorme salón, desde allí tomó un pasillo ancho y golpeó con los nudillos la tercera puerta a la derecha.

— Adelante –le invitó una voz desde el otro lado.

Xob accedió y su rostro resultó ser lo bastante expresivo, pues el hombre que estaba sentado al otro lado de un escritorio se levantó inquieto.

— ¿Qué ha ocurrido?

— No he pasado –se limitó a responder.

Desenganchó el botón de la capa con la insignia de la biblioteca y la dejó sobre la mesa. Sacó una pequeña tablilla de su bolsa y le depositó sobre ella.

— No sé qué decir. Lo siento.

— No digas nada, Anxo. Mejor ahora que dentro de seis meses.

El hombre bajó la mirada a la tabla y la capa que descansaban sobre la mesa.

— Quédate la carta de racionamiento –dijo señalando con un gesto a la tablilla de madera -. Diré que no tenía preparada la otra. Y vuelve en unos días.

Xob estuvo tentado de negarse por orgullo, pero sabía que se arrepentiría así que se acercó y la recogió. Al menos no pasaría hambre en los próximos días.

— Gracias –dijo emocionado.

— No es nada. Te dará unos días de comodidad.

— No por la carta. Por todo. Por la ayuda que me diste todo este tiempo.

Anxo sonrió con cierta amargura.

— Sabes que solo tutoreo a los que valéis la pena. Hemos perdido a quien podía ser un miembro muy valioso de la biblioteca.

Xob se acercó y lo abrazó, dejando, en silencio, que las lágrimas corrieran por primera vez.

— Estaré bien –acertó a decir.

— Te las arreglarás. Eres listo.

Se frotó la cara con la manga de su camisa y se separó de él.

— Hasta la vista.

Sin esperar más, sin detenerse ni volverse salió de la habitación y volvió al pasillo. Esta vez no levantó la vista del suelo. Quiso salir de allí cuanto antes de modo que aceleró el paso. Allí, sin la capa ocultando su envejecida ropa, atraía las miradas de cuantos se cruzaban con él.

Llegó ante las grandes puertas, y en un último vistazo se despidió de aquel lugar para siempre.

El cielo blanco le recibió con la misma lluvia con la que lo despidió unas horas antes, cuando entraba, pero con distintos matices. Ya no era una pequeña molestia inevitable, sino una muestra de la realidad que le esperaba. Notó el frío en la espalda, como si el exterior estuviera señalando la ausencia de la capa con un gesto impertinente.

Caminó entre la gente que abarrotaba las calles cercanas a las grandes puertas, y se alejó sin pensar hacia dónde caminaba. Intentó mantener sus pies secos, pero fue imposible evitar los charcos entre la gente y pronto le dio igual. No tenía nada que hacer en aquel momento, y tampoco quería volver a su cabaña a dar la mala noticia a sus padres, así que se dirigió hacia el único lugar al que le apetecía ir.

Nunca había estado fuera de la biblioteca por la mañana de modo que no sabía si Adria estaría en casa o estaría trabajando. Dudó unos instantes pero terminó golpeando la puerta con cuidado.

— ¿Adria?

Notó movimiento dentro de la cabaña y se puso de puntillas para mirar por encima de la puerta. Se encogió algo cuando vio a la madre de Adria acercándose para abrirle.

— ¿Xob? ¿Qué haces aquí?

Al contrario de lo que solía suceder, la vieja Clara no le miraba con desprecio. Aunque aquella novedad resultara agradable, no pudo evitar percibir un tenso gesto de preocupación en sus gestos.

— ¿Está Adria?

Ella mantuvo la actitud tensa y exhaló un pequeño suspiro.

— Salió con su padre a buscar a Glu.

Así que es por eso, pensó más tranquilo.

— ¿Ya se ha vuelto a escapar? ¿Sabes dónde se han ido a buscarlo? Podría ayudarlos.

— Sé que fueron a las cochiqueras, pero no sé si siguen allí. Pero, ¿tú no tendrías que estar en la biblioteca?

Xob se alejó mientras le hablaba.

— Voy a ir hasta allí. A ver si les ayuda a encontrarlo. Gracias.

Esta vez sí, Clara le dedicó una mirada desdeñosa. *Ahí está, la vieja Clara*, pensó echando a correr en dirección a las cochiqueras.

Rodeó los muros de la biblioteca alternando pequeñas carreras suaves con tramos caminando. Tenía los pies fríos y empapados, al igual que los pantalones hasta las rodillas. Poco le importaba seguir ensuciándose. Ya no tenía que mantener la estricta pulcritud exigida por los maestros, y en todo caso, resultaría imposible desplazarse por aquellos caminos sin mancharse las perneras.

Vio a Adria incluso antes que a la propia cabaña que alojaba a los cerdos. Discutía gesticulando con un hombre alto de aspecto estúpido y de edad indescifrable. Sus bucles castaños, perfectos, se agitaban con cada gesto, acariciando sus hombros y su espalda. Las manos, pequeñas, pálidas y delicadas se movían con gracia natural. Su voz, aún en medio de aquella tensa conversación, reflejaba una dulzura muy alejada del carácter que solía demostrar.

— ¿Qué ocurre? –preguntó Xob interrumpiéndolos sin mucho reparo.

El hombre se percató de su presencia y cambió por completo su expresión. Las cejas se elevaron y la voz perdió todo tono imperativo. Adria, por su parte, no cambió el gesto fruncido aunque pareció agradecida de su llegada.

— ¡Oh! Hola Xob –dijo él-. Esta chica dice que quiere buscar a su hermano en la cochiguera y yo le estoy diciendo que ahí no puede estar.

— Le estoy intentando explicar a este... a Saúl, que no es la primera vez que Glu viene a esconderse a aquí.

— ¡Que aquí no está! –respondió alzando la voz y volviendo a aquel gesto huraño -. He estado aquí desde que las abrimos, y no ha podido entrar.

Xob apoyó una mano en el hombro de Adria interceptando su réplica, y habló hacia Saúl con calma.

— Saúl. Ella se quedará más tranquila echando un vistazo dentro. Sé que ahí no va a estar, pero es su hermano. Déjala entrar un momento. No va a tocar ni a romper nada.

Las dudas se reflejaron en su rostro. Miró hacia atrás y mostró en la cara su sufrimiento.

— Es que no puedo. No puedo dejar entrar a nadie. No es cosa mía -dijo debatiéndose aún entre la lógica y el deber.

Ahora Xob apoyó su mano en el hombro de él.

— Vale, Saúl. Lo entiendo. Tranquilo -respondió en tono tranquilizador -. Pero seguro que puedes echar tú un ojo dentro. Nosotros te esperaremos aquí fuera. ¿Nos harías ese favor?

— No sé. Supongo...

— ¡Gracias! -le premió con entusiasmo -. Revisa bien cada esquina. Glu es muy escurridizo y le gusta meterse dentro de las cosas y esconderse en los lugares más estrechos. Sé que harás un buen trabajo.

Saúl asintió y echó a andar hacia el interior de la cochiguera. Xob echaría de menos la admiración con que la gente le miraba por ser un aprendiz de la biblioteca. Sonrió. Adria resopló justo antes de hablar.

— Yo no sé cómo puede ser que los más listos os entendáis tan bien con los más tontos.

Se giró y caminó hacia el muro de la biblioteca, a escasos metros, para sentarse en el alto escalón que había en su base.

— No es mala persona. Solo cumple órdenes -respondió imaginándose a sí mismo cuidando a los cerdos el resto de su vida.

Adria se inclinó hacia adelante con las manos apoyadas a ambos lados de sus piernas y mirándolo con gesto extrañado.

— ¿Y tú? ¿Qué haces aquí por la mañana? ¿No tendrías que estar...? -guardó silencio, adivinando lo que ocurría -. No me digas que...

Xob asintió bajando la mirada. Ella se llevó las manos a la boca.

— Vaya... lo siento...

Se encogió de hombros.

— Mejor ahora que dentro de seis meses.

Le contó cómo aquella mañana había acudido a la audiencia mensual. Había estudiado. Se había esforzado como cada mes, y aunque notaba un aumento de la dificultad de los retos, se había sentido preparado para afrontar uno más. Pero las cosas no habían salido como él había imaginado. Las preguntas fueron más incisivas de lo de costumbre agudizando sus dudas y haciéndole titubear en puntos de los que estaba seguro.

Al término de la audiencia el magistrado Hernán le sermoneó.

— Un letrado no solo tiene que saber, tiene que demostrar saber. No solo tiene que conocer, tiene que transpirar verdad. Contagiar conocimiento –le había dicho -. De nada vale una verdad dicha en susurros y titubeos, porque nadie la contemplará y nadie la seguirá. Hay que vestir la verdad con su propia veracidad. Dejar que la palabra no sean solo sonidos, sino hechos. Un letrado no puede dudar de su palabra. Su palabra es su valor. Y su valor no puede temblar. Tu palabra se tambalea y se desmorona. No habrá sitio para ti en la biblioteca.

Aquellas palabras habían dado fin a seis años de intenso estudio, de constantes esfuerzos para ser mejor que muchos otros aspirantes que habían quedado atrás, y que al igual que él, habían tenido que renunciar a una vida mejor. Renunciar a trabajar en la biblioteca durante el resto de sus vidas, viéndose abocados a una vida de trabajos físicos, hambre y frío.

— Vaya. Qué pena –respondió Adria sin llegar a transmitir ese sentimiento.

— Fui a entregar la capa y la carta de racionamiento, pero... -bajó la voz hasta un susurro –Mi tutor me dejó conservar la mía durante unos días.

Adria abrió muchos los ojos.

— ¿Tú sabes cuánto te darían por algo así?

— Shhhh... -le recriminó él -. No puedo hacer eso. Tengo que entregarla dentro de tres días. Anxo me mataría.

— Pero podrías decirles que te la robaron –insistió ella en un volumen más adecuado.

— Es una falta muy grave. Podrían privarme de la carta de racionamiento pequeña para siempre.

Adria no insistió y miró al frente.

— Así que Glu se ha vuelto a escapar, ¿eh?

— No es como otras veces –dijo ella, seria -. Esta mañana ya no estaba en casa. No ha desayunado. Siempre vuelve en cuanto le entra el hambre y le hemos buscado por todas partes. No sé dónde más buscar. Esta es mi última idea.

— ¿Y tu padre? ¿No estaba buscando contigo?

Ella soltó una amarga carcajada.

— Sí. Lo está buscando en la destilería.

Saúl se asomó por la puerta de la cochiguera y los buscó con la mirada.

— Nada. He mirado por todas partes. Aquí no está.

Xob y Adria se descolgaron del escalón.

— Gracias –dijo él al tiempo que ella le dedicaba un tenue gruñido.

Se alejaron pisando el camino embarrado.

— No sé dónde más buscar –dijo abatida.

— Vamos a tu casa, puede que ya haya vuelto.

Ella se detuvo y lo miró a los ojos.

— Siento lo tuyo, de verdad. Pero estoy preocupado por Glu.

— Lo sé. Lo entiendo. Te ayudaré a encontrarlo.

— Tú lo dijiste antes, ¿no? Mejor ahora que dentro de seis meses.

— Pues sí –respondió.

Aunque mejor, hace seis años, se lamentó por dentro.

Capítulo 3

Ovidio acarició con suavidad los pétalos de las mifusas que crecían en su escritorio. Las guardaba como un extraordinario trofeo, pues no conocía ningún otro lugar donde crecieran aquellas flores. Incluso algunos de los otros letrados consejeros habían intentado trasplantarlas a otros lugares pero ninguno había tenido éxito. Todas ellas se acababan muriendo excepto las que crecían en aquella maceta. No sabía si se trataría de una serie de características especiales de la tierra que contenía, si se trataba de la temperatura o la humedad de su cuarto o si solo era cuestión de suerte, pero lo cierto es que resultaba un misterio para él que le recordaba día a día que le quedaban aún muchas cosas por descubrir a pesar de su amplia experiencia.

Un suave toque en la puerta desvió su atención de las plantas.

— Adelante.

— Siento molestarle señoría, pensé que le...

— Cállese -ordenó con voz autoritaria -. Olvídese de todo formalismo. Vaya al grano o me molestará más de lo que debería.

Escuchó cómo el joven tragaba saliva.

— Traigo un mensaje para usted.

Aguardó dos segundos y se impacientó.

— ¿A qué está esperando? Tráigalo aquí.

Como un resorte, el muchacho se acercó, le entregó el sobre y se esfumó sin hacer ruido al cerrar la puerta tras de sí.

Ovidio estudió el lacre intacto de Ulio. *Ha usado su sello, se trata de algo serio*, dedujo. Abrió rompió la cera con cuidado y extendió la hoja para leer su contenido. Reconoció la letra del consejero y procedió a leerlo.

Estimado Ovidio Cuarto Consejero de la Biblioteca,

Ya tienes conocimiento del frágil estado de salud de nuestro apreciadísimo Gran Maestro Vítor, y como soy consciente de tu sincera y constante inquietud, te pongo en conocimiento de los últimos cambios de su precaria situación.

Su voluntad ha sucumbido a la enfermedad y ha perdido la consciencia. Cada vez son más largas sus ausencias y más cortas sus vigias. Los médicos letrados hacen cuanto pueden por comprender y combatir su mal, pero desconocen el porvenir de esta afección que lo consume. No saben si logrará salir adelante.

Como ya sabrás, esta triste noticia ha sido largamente esperada por muchos de los carroñeros que optan a ocupar su aún ocupado cargo, y esgrimirán el impedido estado del Gran Maestro para solicitar formalmente una votación para ocupar sus funciones y finalmente su cargo si la situación empeora hasta la tragedia.

En estos duros momentos nos conviene movernos con tiento y presteza. Debemos velar por que el legado del Gran Maestro siga intacto hasta su vuelta, o tras su partida. Es por ello que solicito tu ayuda, y te invito a mantener una reunión en mis aposentos en cuanto tu tiempo te lo permita.

Esperaré tu apoyo y consejo hasta el anochecer. Te suplico que me envíes un mensaje de vuelta en caso de no poder comparecer a la reunión. El mismo mensajero que he enviado podrá traer tu respuesta si es menester.

Con mis mejores deseos. Ulio Octavo Consejero de la Biblioteca.

Dobló la hoja y cerró los ojos pensando durante unos segundos en el Gran Maestro Vítor. Su vitalidad había sido la envidia de toda la biblioteca durante su largo mandato, e incluso los más ancianos aseguraban no haber contado con un líder que se pudiera comparar a sus capacidades. Vítor destacaba en todas las cualidades que se podían esperar de un Gran Maestro. Era equilibrado, justo y sosegado. Fuerte y autoritario cuando la situación lo requería y comprensivo cuando era necesario. Capaz de leer las intenciones de los mayores embusteros, a los que sin embargo, no descubría hasta el momento adecuado. Su mente era un portento que destacaba incluso entre aquellas paredes donde se respiraba el conocimiento en cada rincón. Y ahora que parecía que su fin estaba cerca, el vacío que dejaba era tan grande que parecía imposible de cubrir con ningún otro candidato.

Muchos eran los que en los últimos años habían demostrado sus intenciones de optar al cargo. El viejo Tomé, que en su día compitió con el propio Vítor por el cargo; Silvio, un consejero joven, popular y ladino; Mateus otro de los más jóvenes candidatos, inteligente y tal vez el más equilibrado de ellos; y Ulio, su compañero cuando ambos eran simples aspirantes, y que al contrario que él, había sentido la llamada de la ambición para optar al cargo.

Sin duda, en los próximos días surgirían más candidatos, y comenzarían los corrillos y las especulaciones que tanto irritaban al consejero. Por si fuera poco, Ovidio tendría que aguantar constantes preguntas sobre las razones de no optar al cargo. Por algún motivo, gozaba de una gran popularidad dentro del consejo, y muchos pensaban que ambicionaría el título de Gran Maestro. Nada más lejos de la realidad, él amaba la vida que llevaba y desde su posición como un consejero más, aportaba su justo pedazo al buen hacer del consejo.

Ovidio guardó la carta en un bolsillo interior de su toga, se levantó y dio una última caricia a las mifusas violetas que descansaban sobre el escritorio antes de abandonar sus aposentos.

— Puede marcharse –le indicó al mensajero que aún esperaba junto a la puerta.

Recorrió los pasillos y las escaleras ascendentes que lo separaban de la habitación del Gran Maestre. Notó en las estancias que fue cruzando la excitación de cambios inminentes y su mal humor fue creciendo. Vivían un momento trágico, no solo porque peligrara la vida de un gran hombre, sino porque se asomaba un futuro incierto que ni por asomo igualaría al tiempo bajo el mandato de Vítor.

Alcanzó la puerta de la habitación del Gran Maestre y se sorprendió al encontrar allí un guardia custodiando la puerta. Lo ignoró y solo se detuvo cuando el guarda se interpuso en su camino.

— Lo siento, consejero, los médicos han pedido que no se les moleste.

— Muy bien, me cuidaré de no molestar –respondió con la intención de continuar con su avance.

El guardia se movió de nuevo para impedirle el paso.

— Debe esperar, señor. Son órdenes estrictas.

La puerta de Vítor nunca había estado cerrada para él, y le frustraba que en aquellos duros momentos sí lo estuviera. Sostuvo la mirada del guardia sin avanzar ni retroceder.

— Consultaré si se le permite la entrada, consejero. –El guardia pareció intimidado -. Aguarde aquí, por favor.

Entró en la habitación con mucho cuidado y cerró la puerta sin emitir el más mínimo ruido. Al cabo de unos instantes, volvió a salir con el mismo tiento.

— Puede usted pasar –concluyó sosteniéndole la pesada puerta.

En un primer momento, aquella no le pareció la misma habitación a la que tantas veces había acudido. Las ventanas habían sido tapadas, y en la penumbra, los muebles habían sido redistribuidos para dar cabida a un montón de libros y utensilios médicos esparcidos por todos lados.

La habitación de Vítor no era más lujosa o espaciosa que la de cualquier consejero. Una cama, un escritorio amplio, dos cómodas, un baúl y muchas estanterías repletas. Existía la tradición de que el Gran Maestro mantuviera sus mismos aposentos que cuando había sido nombrado consejero, con el fin de limitar los beneficios del cargo y disuadir a quienes optaban a él con la intención de obtener algún tipo de beneficio o favor. En la medida de lo posible, el Gran Maestro mantenía los privilegios inherentes a pertenecer al consejo.

En el medio de la estancia, dos personas custodiaban una cama sobre la que descansaba Vítor. Una de ellas permanecía sentada con gesto serio mirando cómo la otra se inclinaba sobre él y le observaba la cara. Al acercarse, ambos le dedicaron un rápido vistazo y siguieron con sus tareas sin decir nada. Ovidio, observó el enfermizo rostro de su amigo, más marcado y pálido de lo normal.

— ¿Cuál es su dolencia? –susurró de forma casi imperceptible.

El hombre que se encontraba sentado respondió en su mismo tono.

— No lo sabemos todavía. Su cuerpo lleva días sin aceptar la comida. Ha sufrido mareos constantes y pérdida de fuerza. Se ha desmayado varias veces. Hoy ha perdido la consciencia durante unas horas, se ha despertado desorientado y tras una hora se ha vuelto a desvanecer.

— ¿Por qué mantenéis la habitación a oscuras?

— Necesitamos que se despierte y la luz lo impide. En la oscuridad podemos alargar los momentos que se mantiene despierto.

— ¿Fiebre?

— No. Su temperatura incluso es algo baja.

Ovidio se frotó la barbilla observando a su amigo. Arrugó el gesto preocupado y se dirigió de nuevo al hombre de la silla.

— Necesito hablar con él. ¿Le diréis que deseo hablar con él cuando recupere la consciencia?

Respondió el que se encontraba de pie.

— Le diremos que usted ha estado aquí con esa intención. Él decidirá.

Asintió y se alejó hacia la puerta con cuidado de que sus pisadas no emitieran ningún sonido.

No tardó demasiado en llegar a la habitación de Ulio. Llamó a la puerta, y cuando recibió permiso, entró.

— ¿Cómo saludarse en un día como hoy? –le recibió el consejero levantándose de una butaca.

Un hombre ancho, pero enérgico. Su mirada se movía a una velocidad frenética, de un lado para otro, observándolo todo aún cuando se encontraba en su propia habitación. De pelo negro con canas salteadas y una barba lisa, pero incipiente que parecía no crecer nunca.

— En días como hoy, sobran los saludos –se estrecharon la mano y se sentaron en las dos butacas que presidían el amplio salón.

El anfitrión había dispuesto un par de cuencos de vino y se apresuró a llenar el de Ovidio e igualó el suyo.

— Muy cierto. Cuanto antes nos movamos, más efectivo será nuestro movimiento.

Ambos dieron un sorbo a su cuenco. Uno lo tragó rápido, inquieto por comenzar la conversación, el otro lo paladeó y lo entretuvo en la boca saboreándolo sin abandonar la amargura que traía consigo.

— El Gran Maestro no va a salir de esta –comentó Ulio con energía.

Guardó silencio sin dejar de mirar la reacción de su compañero.

— No lo parece –respondió viéndose obligado a dar otro sorbo para tragar de nuevo aquellas palabras.

— Ya ha habido movimientos. La gente se está posicionando ante la inminente vacante del cetro del Gran Maestre. Son como buitres. No sé si estás al tanto, pero te pondré al día de todos modos.

»Tomé está sembrando en el consejo la necesidad de instaurar un Gran Maestre en funciones antes siquiera de hacer una votación. Sabe que no tiene muchas opciones de salir elegido en una votación permanente, pero que tiene más opciones de conseguir el puesto si se trata de algo temporal. Supongo que espera desde esa posición ganarse la simpatía de la que carece ahora mismo.

Hizo una pausa para esperar una réplica. A regañadientes, Ovidio entró en la conversación.

— O puede que solo quiera agilizar las decisiones del consejo. Tomé nunca se ha mostrado muy sutil en sus estrategias.

— Mateus no se ha movido demasiado. Solo ha comentado a quien le ha preguntado, que lo mejor sería reunir un grupo selecto de consejeros para tomar decisiones mientras se resuelva la situación del Gran Maestre. Se opone a realizar una elección única mientras Vítor siga con vida.

»Silvio se ha movido desde la sombra. No parece querer postularse abiertamente como candidato, pero para empezar ya se ha asegurado de que Mateus lo incluya en su grupo de consejeros, que por cierto, también te incluye a ti.

— ¿A mi? –preguntó levantando la vista del cuenco por primera vez.

— Sí, a ti. No te sorprendas tanto. Eres una voz respetada en el consejo y nadie te cree capaz de negarte a formar parte de un concilio temporal. Eres la voz más cercana al Gran Maestro de todo el consejo.

— Aún así, me resulta un extraño movimiento. Hasta ahora me han excluido por sistema de cualquier movimiento –reflexionó en voz alta.

— Parece que las estrategias han cambiado. Ten presente que todos buscarán tu apoyo. Ya he dicho que el consejo te respeta, y tu apoyo abierto a un candidato sumará votos.

Ovidio lo celebró con ironía dando un pequeño sorbo. El contenido del cuenco estaba bajando demasiado rápido.

— Los demás están peleándose entre sí por colarse entre los candidatos. Muchos están tanteando al resto a ver si tienen opciones reales, pero creo que no habrá más candidatos que nosotros cuatro: el viejo Tomé, Mateus, Silvio y yo. ¿Tú qué opinas? ¿Qué debemos hacer?

Suspiró antes de responder.

— Lo primero que deberíamos hacer sería censurar cualquier movimiento que falte el respeto a nuestro Gran Maestro.

— Cierto. Nos dará fuerza moral para ser escuchados.

— ¡No! Nos hará más civilizados. ¡Que nadie se atreva a enterrar al Gran Maestro mientras siga respirando!

— Por supuesto, claro –recapacitó Ulio escondiendo su arrepentimiento tras el cuenco.

— Lo segundo debería ser garantizar que la soberanía de la biblioteca siga siendo ágil y eficaz. No parece mala idea armar un grupo reducido con los consejeros más influyentes que tome decisiones mientras el Gran Maestro siga indispuerto.

— Apoyar la respuesta de Mateus.

— Es lo más lógico –confirmó Ovidio.

— Es una pequeña victoria para él.

— Para el consejo.

— Sí. Es una medida lógica. Se sale de los cánones tradicionales, pero la veo irrefutable.

— Tercero. –Continuó el consejero -. Debemos evitar a toda costa que Silvio alcance el liderazgo del consejo. –Ulio arrugó el ceño pero no dijo nada -. Incluso si eso supone ceder tu apoyo a otro candidato.

— Entiendo –respondió sin mucho convencimiento.

— De cara a tu estrategia –añadió Ovidio introduciéndose en el terreno que a su compañero le interesaba -. Yo me centraría en buscar lo mejor para el consejo y la biblioteca. Eso es lo que ha hecho Mateus y ya le ha valido una pequeña victoria, según tus propias palabras. Si actúas en esa dirección, sin buscar segundas lecturas, te ganarás la confianza de los que no están de parte de nadie. A los demás ya los tienes perdidos. O ganados.

— Claro. Es lo más inteligente.

— Y es lo mejor para todos.

— Por supuesto. –Juntó las yemas de los dedos en un gesto de meditación -. Debemos pensar en qué momento me darás públicamente tu apoyo. Muchos ya lo sospechan, pero eres una baza importante y debemos usarla en el momento exacto.

Ovidio suspiró y se puso en pie.

— Todos estos juegos políticos son los que me mantienen alejado del cetro. Me agotan tanto que me dejarían sin fuerzas ni para levantarme de la cama.

Ulio rió con sinceridad.

— Serías un Gran Maestro incuestionable si supieras lidiar con ellos.

— Si quieres podemos continuar hablando mañana a la hora de comer. Tengo asuntos que atender, y creo que por ahora poco más podemos hacer además de lo que ya hemos hablado.

— Amigo mío. Muchas gracias por tu consejo.

— Sabes que solo lo hago para no tener que aguantar tus lamentos –bromeó sin mucho énfasis.

— Lo sé. –Le devolvió la sonrisa -. Y perdona si me muestro insensible con la situación de Vítor. De verdad que me preocupa. Y si en algún momento parezco egoísta en mis intenciones, perdóname también. Sinceramente lo hago pensando en que el consejo pueda tener al mejor líder posible. Aunque a veces el camino para conseguirlo no sea la opción ideal.

Ya de pie, Ovidio se giró hacia su amigo.

— Sé de qué va la política. Tú procura no apartarte demasiado de ese camino. Te alertaré si lo haces, tranquilo.

— Gracias por eso también.

Se despidieron sujetándose por los hombros, y se separaron con diferentes preocupaciones rondando sus cabezas.

